

charme y fuese yo á decirle: «Angelina; te amo, te amo! ¡Amame! ¿Eres desgraciada? Yo también soy desgraciado. Vivamos uno para el otro; seamos, como dice el poeta:

*Dos almas con un mismo pensamiento  
Y palpitando acorde el corazón.*

Confieso que al ir copiando estas páginas, escritas hace cuatro lustros, y por tanto tiempo olvidadas, torna y se apodera de mi alma árida y triste, aquella fecunda melancolía de mi penosa juventud; confieso que al copiar los capítulos de esta historia amorosa, viene á mi memoria el recuerdo de aquellos días, y de mis ojos, que ya no saben llorar, rueda una lágrima...

Y sin embargo, me río de mis tonterías juveniles, de mis locuras de enamorado, de aquel fantasear de mi mente que malogró en mi fuerzas y energías que debieron ser útiles á los demás. Pero no me burlo de mis ensueños juveniles impunemente; cuando me río de ellos me vivo el corazón.

Ahora vivo la vida prosaica de quien no fia en humanos afectos, de quien llama las cosas por sus nombres, de quien sólo gusta de la poesía en teatros y academias, y no quiere que el mundo y la sociedad sean como los pintaban los novelistas de antaño, los soñadores lamartianinos, los grandes ingenios del playéde romántico. ¡Ay de mí que malgasté en vanas imaginaciones las energías de mi alma, y desfilé por los más nobles sentimientos, y agoté la fantasía, y dejé en los zarzales del camino pedazos del corazón!

A las veces renuncio á copiar estas páginas envejecidas en la gaveta, y que acaso no serán entendidas de la generación presente que ha de leerlas de prisa, en el folletín de un periódico; me ocurre echarlas al fuego para entretenerme en ver las llamas, que las devoraban en pocos minutos; pero me es imposible resistir al deseo de que sean conocidas estas memorias, escritas por un pobre muchacho admirador incondicional de aquellos escritores gallardos y de aquellos poetas amables y sentidos que faeron delicia de nuestros padres. He dado en creer que su lectura será provechosa para la actual generación.

Me ocurre preguntar: ¿Será interesante para ella este modesto libro, que acaso peca de indiscreto? No será acogido con menosprecio y risas barlotas? Yo quiero que los muchachos que ahora empiezan á vivir sepan cómo sentían y pensaban los jóvenes de aquel tiempo. Sea como fuere, prosigamos la tarea, y que la mocedad de hoy, agitada y turbulenta, tristemente precoz, falta de nobles ideales, prematuramente envejecida y nunca saciada de placeres, sepa cómo eran, qué pensaban y qué sentían los jóvenes de entonces.

Permanecía yo en mi sitio predilecto hasta que las sombras invadían la ciudad, hasta que se apagaban en los horizontes y en las cimas los últimos reflejos del sol, y Villaverde encendía sus luces, y Vésporo, el amado Vésporo, bañaba la vega con apacible y misteriosa claridad. Entonces, apoyado en nudoso tallo, cortado á la subida, bajaba yo lentamente, cargado de flores: iridis de subido escarlata, que á millares crecían entre las piedras de la vertiente; patas de león, simpáticas moradoras de las umbrías; buyardías que se me antojaban talladas en coral; helechos que parecían cintas de raso; musgos raros; frutos desconocidos; guías enfloradas de cierta campanilla blanquecina que huele á miel virgen.

Ya sabía yo que Angelina saldría á mi encuentro. Al llegar me la encontraba yo en la puerta, cariñosa, sonriente, como toda niña delante de aquel á quien ama, cuando sospecha que es amada.

—¿Qué me trae vd?

—Lo más hermoso que pude hallar.

La huérfana recibía las flores y corría á examinarlas. Mirábalas una á una; aspiraba su aroma, y en la corola de la más bella, en el ramillete más lindo, dejaba un beso silencioso que yo me apreguraba á recoger.

Por aquel beso hubiera yo subido entonces, en busca de flores, hasta lo más enunbrado de la giera; ahora no caminaría yo cien

metros en busca de una rosa, así fuese para obsequiar á la mujer más bella. Llamo á un jardinero, le encargo un ramillete, y ¡listo!

## XVII

De noche me quedaba en casa, conversando con la enferma ó charlando con Angelina. Ella y tía Pepa hacían sus flores, y yo hojeaba un libro ó leía para mí.

—¡Lea vd. en voz alta!—solía decirme la doncella.—Lea vd. algo bonito...

—La vida del santo del día?

—No!—contestaba en tonillo suplicatorio, haciéndome un mohín de niña mimada.

Traía yo un tomo de versos, generalmente de Zorrilla. Angelina se encantaba con las leyendas del afamado poeta: *A buen juez me por testigo, La Pasionaria, Margarita la Tornera*, con ésta, sobre todo, que era para ella lo más hermoso de la poesía moderna.

Me parece que veo á la anciana y á la joven muy diligentes y afanosas, oyendo atentamente los sonoros versos.

Aquella mesita baja y larga, cubierta con un mantel viejo, iluminada por un quinqué con pantalla verde, y llena de cajitas, ruedas de alambre y rollos de papel, se me antojaba, á las veces, como un arriate engalanado con todos los primores de un jardín. Mi tía acomodaba cépalos sobre la rodilla; Angelina, pincel en mano, delante un gran plato y cerca el papillito de arrebol, pintaba pétalos de rosa. Empapábalos primero en agua acidulada y los enjugaba después entre los pliegues de una tohalla, y luego les aplicaba la tinta. Al poner el pincel en el húmedo paqueto, aparecía una mancha carminada, de un tono intenso, que, poco á poco, se desvanecía sin llegar á los bordes. Entonces sumergía las hojuelas en una solución de alumbre, muy ligera, para fijar el color. Yo seguía leyendo; pero en ocasiones la doncella demandaba mi auxilio.

—Roró;—así me decía ya, sin que este nombre cariñoso llamara la atención de mi tía,—Roró, deje vd. el libro y ayúdeme!

Se trataba de separar los pétalos uno á uno, sin estropearlos, con la punta de un alfiler, para que la tela no perdiese el barniz que trata de la fábrica; así salían las flores con un brillo admirable. Iba yo despegando las hojas y colocándolas cuidadosamente en filas paralelas, sobre una servilleta. Esta operación era muy larga.

Una noche la tía se quedó dormida. Advirtió Angelina, y me hizo señas para que habláramos en voz baja, y quedito, muy quedito, mientras oprimía con la punta de los dedos los empapados paquitos, y los apartaba en el borde del plato, me dijo:

—Esta mañana estuve en la conferencia... Tuvimos una discusión muy acalorada.

—¿Por qué?

—¡Cosas de las gentes! No piensan con juicio, ni entienden las cosas á las derechas.

—¿Quiénes?

—Eso sí no diré; pero es el caso que una señora que vd. conoce...

—¿Quién es ella?

—¡Ourióso!

—Despierta vd. mi curiosidad y...

—¡Ya dije que no lo he de decir!

—Bueno. ¿Qué pasó?

—Propuso una compañera que diéramos socorros á una familia que está en la miseria. Todas aceptamos; pero entonces esa señora dijo que no; que no era justo quitar á verdaderos necesitados, auxilios y socorros que no abundan, para darlos á unas muchachas muy emperifolladas y que tienen novio.

—La verdad es que...

—No, Rodolfo, qué verdad, ni qué verdad! No es cierto que esas infelices anden emperifolladas. Suelen vestir bien, es cierto, pero no porque malgasten en trajes y moños lo poco que ganan. Andan arregladas y aceditas. ¡Eso no es un pecado! Si á veces llevan un bonito traje, es porque se los da una alma caritativa. Y en cuanto á lo del novio, eso es cosa que á nadie le interesa! Así lo dije yo. Pero la señora insistió, y entonces una señorita, una señorita muy guapa que estaba allí,

(también vd. la conoce,) se mostró muy contrariada, y dijo que aquello no le gustaba; que era muy feo eso de averiguar vidas ajenas. Y tuvo razón, sí señor, mucha razón! ¡Verdad que eso no es caridad! ¿Qué es eso! No, señor; si esa familia es pobre y necesita del auxilio de la conferencia, pues darle, si es posible, si lo hay; ó negarlo si no alcanzan para ello los recursos; pero, á qué tales averiguaciones. La señora no cedía, y entonces la señorita no pudo más, y exclamó con mucha gracia: «En cuanto á eso de los novios, señora, piense vd. que esas pobras muchachas no se han de quedar para vestir santos, y pensemos que ese es un asunto en el cual nada tienen que hacer las Conferencias. Si alguna vez ve vd. á esas niñas con vestidos buenos, es decir, con vestidos que no parecen de pobre, es porque yo, (sólo porque es preciso lo digo) se los he regalado! Y esto lo dije encendida y muy apenada.

—¿Y quién es esa señorita?

—Después hablaremos de ella.

—¿Y en qué paró la discusión?

—¡En qué había de parar! En lo que era debido: en que la presidenta dijo que teníamos razón; que se dieran los auxilios, y que no se volviera á hablar de eso. La señora se fué mohina, y nosotros salimos muy contentas.

—Bien hecho, Angelina. Tenían vdes. razón.

—Ahora, vamos á otra cosa. ¿Sabe vd. lo que me dijeron esta mañana, al salir de la Conferencia?

—Si vd. no me lo dice... Veamos: ¿quién y qué?

—¡Ah!—exclamó, sonriendo, dejando ver toda la hermosura de sus hoyuladas mejillas.

—Es algo que á vd. se refiere.

—¿A mí?

—Sí.

—¿Quién fue?

—Un pajarito.

—¿Un pajarito?

—Sí.

—¿De qué color? ¿Azul, como el de los cuentos?

Angelina no me contestó. Y como si creyera que había dicho algo inconveniente, siguió hablando de otra cosa: de la obra que tenían empezada, de no sé qué.

Yo me complacía en mirar los ojos de la doncella, aquellos ojos soberbios, negros, rasgados, sombreados por la rizada pestaña y la negra y arqueada ceja. Advirtió Angelina que la miraba yo con interés de amante, y se encendió al igual de los pétalos que llenaban el plato.

—Angelina... ¿qué dijo el pájaro azul?

—Sonrió dulcemente, y me respondió bajando la mirada:

—Que... es vd. muy muy curioso!

—No tengo yo la culpa. Vd. despertó mi curiosidad.

—No fué pajarito; que fué pajarita. ¿Dice vd. que azul? Pues azul; no se equivoca vd. Azul y oro... porque es rabia, y estaba vestida de color de cielo.

—¿Qué dijo?

—Pues... dijo, (no crea vd., que lo invento yo, eh?) me dijo... que... No; es mejor no poner tentaciones!

Aunque la joven inclinaba la cabeza sobre el plato, pude observar que se había puesto pálida, sumamente pálida. Velaba su rostro una sombra de repentina tristeza.

—Angelina... —supliqué—¿qué dijo, y quién es esa pajarita? Será una golondrina de las que anidan en la torre...

—¡Adiós! Las golondrinas no son rubias, ni visten de azul.

—¿Y á qué viene eso de las tentaciones?

—A nada. ¡Cosas mías! Por decir algo... por avivar la curiosidad del caballero...

—Serámente. Dígame vd. todo. Sin duda que me ha de interesar...

—¡Ah! ¡Y si que sí!

—Pues... oigo.

—Es el caso...

—Dígame vd. todo...

—Todo. Es el caso que una señorita muy guapa, muy elegante, y de más á más muy ri-

ca, la misma que se puso tan seria y abogó por esas pobres muchachas que pedían socorro á las Conferencias, me tomó del brazo... y...

—Bien; tomó á vd. del brazo... y qué?

—Y salimos.

—Salieron... ¿y qué más?

—Y me preguntó con mucho interés, con demasiado interés, quién era un joven recién llegado á Villaverde, que vive en esta casa, y que tarde á tarde, se pasa las horas muertas de pie en un asiento de la Plaza, recostado en la baranda, y vuelto hacia...

—Hacia la casa del Sr. Fernández. ¿No es eso?—concluí riendo.

Ella prosiguió.

—Y oyendo tocar á una señorita que vive allí.

Angelina me miraba atentamente, procurando observar el efecto que sus palabras producían en mí.

—Pues, Angelina, diga vd. á esa señorita: que ese joven soy yo, y que paso muy gratas horas, oyéndola tocar!

—¡No! ¡Yo no le diré nada! Pero... ¡con razón dicen las gentes que está vd. enamorada de Gabriela!—exclamó apenada, trémulo el labio, húmedos los ojos.

—Enamorado de esa niña? Ni por pienso. ¡Murmuración vilaverdina!

—Murmuración? Vale más. Ya dieron en decirlo, y seguirán...

—Órname vd., Angelina; créame vd.: la señorita es guapa, sí que es guapa, linda como un ramo de rosas; pero el joven que se complace en oír la tocar no ha puesto en ella los ojos, ni los pondrá jamás!

Mi voz despertó á tía Pepa. Yo estaba separando el último pétalo.

La anciana se volvió á dormir, y entonces siguió la interrumpida conversación, é interrumpida de tal modo que nos dejó turbados, como si fueran des amantes los que hablaban.

—Vd. dirá lo que quiera, Rodolfo. ¡Buenos son los hombres para eso! No me doy por engañada. ¡El tiempo dirá!

—Le juro á vd. que hasta hoy supe su nombre. Oía yo: la señorita Fernández...

—Por aquí; la señorita Fernández... por allá...

—¿Conque no sabía vd. el nombre de esa niña?

—No.

—¿No?

—No.

—¿Conque no?

—No, y no!

—Pues ya lo sabe vd.: se llama Gabriela.

Angelina me veía sonriendo, como si dudara de mi dicho, como si quisiera sorprender la verdad en mis ojos.

—No, Angelina: sería una locura eso de que yo pusiera los ojos en esa señorita. Sí, una locura, y por mil razones. La primera, la principal, que vale por todas, es ésta: porque soy pobre.

La doncella suspiró como si quedase libre de un gran peso.

—Algún día, acaso no muy lejano, sabrá vd., Angelina, á quien amo yo.

Díjelo esto fijos mis ojos en los suyos. Ella me dirigió una mirada profunda, intensa, llena de infinita ternura, dulcemente alegre.

—Tía Pepa despertó.

—¿De qué hablaban, Roró?

Angelina se apresuró á responder:

—De que Rodolfo se ha estado un siglo para separar esos pétalos.

—Y diga vd. también que me decía que estoy prendado de la señorita Fernández.

—¿Qué es eso, Roró?—exclamó mi tía.

—Señora, eso cuentan por ahí...

—¿Vd. lo cree, tía?

—No, muchacho; ni sería de mi agrado.

A Carmen sí que le gustaría. La otra tarde, conversaba conmigo: «¡Ay, Pepa! A mí la única muchacha que me gusta para Rodolfo es Gabriela! ¡Qué bonita pareja harían los dos!»

El rostro de la joven se entristeció de súbito, como esos manantiales de agua purísima cuando pasajera nube les roba por un instante los rayos del sol.

## XVIII

Angelina se mostró conmigo reservada y temerosa. Ya no me esperaba por las mañanas en el corredor; ni cuando allí la sorprendía regando las flores ó lavando las jaulas se detenía á escucharme. Por lo contrario, parecía más atenta á los quehaceres domésticos que á mi conversación.

—¿A dónde va vd.?—me decía.—Ya es tarde... ¡Pronto! ¡Pronto! ¡A pasear! Si ha de volver vd. para desayunar... ¡a la calle!

Así me despedía. Tomaba yo el portante, y cuando salía muy contrariado y mohino, al detenerme en la puerta para quitar la aldabilla, sentía yo en pos de mí las miradas de la huérfana. Más de una vez me volví rápidamente, y siempre logré sorprenderla en momentos en que me veía con cariñosa curiosidad.

Después de vagar una ó dos horas por los callejones ó en la Alameda de Santa Catalina, volvía yo á la casa. La mesa estaba lista, y la tía aguardándome. Andrés, á quien diariamente mandaban desayunar y comida á su changarro del Barrio Alto, solía almorzar con nosotros. Me place recordar aquellos desayunos. ¡Qué de veces, sentado á la mesa, en el comedor de fastuosos banqueros, he pensado, con triste alegría, en aquellas horas dichosas! Tía Pepa en un extremo; yo á su derecha, y enfrente de mí Angelina. Andrés tomaba asiento lejos de nosotros, en la otra cabecera, siempre distante de sus amos, sin igualarse á ellos; sin confundirse con las personas que creía superiores á él. En vano le instábamos para que se acercara; en vano pretendíamos que ocupara á nuestro lado el lugar merecido. Andrés no era un extraño que, por clase y condición, debía vivir de manera distinta que nosotros. Siempre le tuvimos como nuestro, como individuo de la familia, igual á mí, igual á mis tías; pero el honrado viejo nunca quiso aceptar tales distinciones; nunca accedió á nivelarse con aquellos que él consideraba sus amos.

—¡Aquí estoy bien, Rodolfo!—me contestaba.—Aquí estoy bien.

Y sin sentirse humillado, sin desdeñar lo que tanto merecía, se quedaba en el sitio acostumbrado.

—¿Cómo si le tuviera yo delante! Me parece que le veo. Hace mucho tiempo que bajó al sepulcro, y nunca le olvido.

En este momento creo verlo aquí, del otro lado de la mesa en que escribo, muy sencillito y franco, muy tímido y pudoroso para cualquier acto de generosidad, y nunca más tímido que cuando quería averiguar si necesitábamos algo. Pareceme que estoy viendo aquel rostro moreno, tipo hermoso de la raza indígena, afinado por el cruzamiento de dos ó tres generaciones: obscura, muy obscura la color; estrecha la frente; alto el cráneo; salientes los pómulos; la barba escasa, escasísima; los ojos pequeños, negros, muy negros y vivos; la mirada franca; el aire resuelto, como en todo aquel que no tiene en su vida acción que le avergüence; que á nadie teme y de nadie es temido; que así se enterece si ve ajenos dolores como rechaza sereno, con dura franqueza, con valerosa resolución, á quien le ofende ó desconfiaba de él. Robusto, ancho de espaldas, doblado como se dice vulgarmente, tenía una fuerza y un vigor hercúleos. A su edad nadie alardea de vigoroso y fuerte, y Andrés dejaba atónitos á los mozos más fornidos en eso de echarse á cuestras un fardo y levantar y poner en el mostrador un barril de aguardiente. Bajo aquella blusa azul, bajo aquella camisa sin almidones ni planchados, ni anillos presuntuosos, se adivinaba una musculatura de acróbata y un corazón de oro. Cada visita de Andrés tenía por objeto hacer bien á la familia de sus amos;—á sus amas,—mis tías,—al amigo,—yo.

De ordinario, acabado el desayuno, mientras señora Juana retiraba los platos, Andrés se levantaba y se iba á la cocina:

—Señora Juana: vaya vd. por allá; tengo muy buen arroz; vaya vd., que ahora todo está muy bueno en el changarro. Hay una mantequilla que... ¡ya verá vd. cómo se chupa los labios el amigo!

Volvía, tomaba asiento, y conversaba un rato. Al pasar por la cocina hablaba en voz baja con señora Juana; encendía un puro, y se iba. Jamás se atrevió á fumar delante de mis tías.

Angelina, tan desdefiosa conmigo cuando estábamos solos, en presencia de mis tías se mostraba amable y obsequiosa. Cuando yo no la veía me miraba; cuando yo clavaba en ella los ojos volvía el rostro encendida y ruborosa.

¿Me amaría la doncella? Sí; claro, claro que me lo decía su aparente desdén, su cauteloso empeño en mirarme cuando yo parecía distraído y muy atento á la conversación de la anciana.

Después, como de costumbre, seguía la charla con la enferma. Angelina se ponía á coser. A las veces terciaba en la conversación, pero aparentando indiferencia, sin alzar los ojos. Cuando tía Carmen estaba muy débil me costaba trabajo entenderla. Como entonces su voz era trémula y apagada, la enferma se veía obligada á repetir las frases, y no lo hacía sin dar muestras de impaciencia. La doncella, habituada á oír la, se apresuraba á decirme lo que yo no había entendido, y apuraba el ingenio para no entristecer á la anciana.

Ocurrióme una vez tratar de las muchachas más lindas de Villaverde. Tía Carmen se prestó á la conversación, y estuvo ese día de muy buen humor. En ocasiones como aquella, se complacía en charlar como una polla y en agotar el frívolo y gastado tema de noviazgos y bodas. No dejamos de nombrar á ninguna de las niñas casaderas. ¡Ni una fué del agrado de mí tía! Unas le parecían tontas, coquetas, feas, sin gracia; otras, aunque bellas, superficiales y vanas; algunas, buenas muchachas, pero de mala rama,—como decía la enferma,—este es, de familias desconocidas é incorrectas; cuáles simpáticas pero de mala educación; cuáles bien educadas, pero vanidosas, muy pagadas de su letra menuda. ¡La educación!—decía.—¡La educación antes que nada!

Llegamos á la señorita Fernández:

—¡Esa sí!—exclamó la buena señora.—

—Esa sí me gusta! ¡Tan bonita, tan inteligente, tan buena, tan sencilla! Es rica y tiene la sencillez de una pobre; es inteligente é instruida y no hace alarde de ello; es hermosa y no está engreída con su belleza. ¡Ay, Roró!—agregó después de elogiar con mucho entusiasmo á la niña.—Es una perla. Así quiero una mujer para tí. El otro día se lo dije á Pepa: para Rodolfo, solamente Gabriela! No temas; no temas; yo sé lo que te digo. Ya sabes que para esas cosas tengo yo buenos ojos.

Eres pobre... ¡jorlo! pues estoy segura de que Gabriela te preferiría á cualquier villaverdino, así la pretendiera Ricardo Tejeda, tu amigo, ó el hijo de don Basilio, ese muchacho que es un bausán, que no sirve más que para contar á todo el mundo cuánto vale el traje que lleva, y cuánto vale el caballo en que montará dentro de pocos días. ¿No es verdad, Angelina? ¿No es verdad que para Roró, sólo Gabriela?

La doncella clavó la aguja en el lienzo, y pálida como una muerta, arrastrados en lágrimas los ojos, contestó seriente:

—Señora... ¿quién sabe! Es buena, muy buena... Las niñas Tejeda no la quieren; ni tampoco las Castro; ni las Martínez, ni otras. Y yo no sé por qué. Será porque esa señorita es más elegante que ellas, y más bonita, y de muy buen trato. En cuanto á eso no hay en Villaverde otra como Gabriela. Pero yo creo que Rodolfo merece otra muchacha mejor.

—¿Mejor la quieres?

—Sí, porque ninguna me parece digna de él.

¿Era aquello un arranque de soberbia? ¿Era una ironía? Me volví para ver á la doncella. Seguía hilvanando.

Tía Carmen prosiguió dulcemente:

—Mira, Roró: tú eres un buen muchacho, y por eso te queremos mucho. Mira: nosotros deseamos tu felicidad; siempre has oído nuestros consejos... pues oye ahora uno: no seas como tantos otros muchachos de tu edad, que andan como mariposillas, de flor en flor... Yo comprendo muy bien que los jóve-